

# MARINO Y LOS ESTUDIOS LITERARIOS

Ingenioso del análisis y del antianálisis, se resistía a las formas exactas. No cabe hablar aquí de un estudioso semiólogo o lingüista ortodoxo, aunque sí riguroso. Trataré de explicar esta aparente contradicción.

Su pensamiento fue complejo con predisposición a lo imprevisto, a lo más vivo. Se trataba de un estilo de pensamiento literario que sin abandonar una tradición francesa, el ensayo preciso y tenso, destilaba al mismo tiempo una energía arrebatadora en algún punto central preservado a la intuición, a la vida, a la literatura como una forma de ésta.

Es por ello que si tuviéramos que hablar de un pensamiento literario en Marino, tendríamos que señalar la presencia de una sensibilidad dotada para la sorpresa y el humor, antes que para el rigor de la teoría, que por otro lado lo tenía y fuertemente estructurado, no en balde había sido alumno de Todorov en la Sorbona.

Podríamos decir que experimentaba el placer que producía el conocimiento como un mapa necesario para llegar al texto.

Caracterizaba esta sensibilidad el hecho de confiar en el gusto. Propone a sus alumnos un estudio de la literatura que confiara en sus asertos pero que tuviera la distancia suficiente para verlos como provisionales. Cada uno debía ejercer el deleite de la interpretación literaria, el goce del análisis.

Había en su clase un tácito compromiso de encontrar algo nuevo, algo inesperado, como si de alguna manera fuera posible contestar a la obra con una nueva sorpresa. Era esta su manera de ver al crítico literario, como un artista.

No es de extrañar entonces el nombre de algunas de sus cátedras: "Enfermos, judíos y homosexuales" para estudiar a Proust, Mann y Kafka. O el nombre de otra que planeaba reali-

zar: "Ellos", para estudiar a Verlaine y Rimbaud.

A mi modo de ver, con estos juegos del lenguaje buscaba descubrir lados ocultos y extravagantes de la imaginación, desde donde se pudiera estar fuera del centro habitual. Un espacio excéntrico necesario para fundar una mirada.

Marino elegía figuras capitales del canon literario cuando podía ofrecer algo polémico sobre ellas. Interpretar significaba subvertir los significados.

El ideal de su "alumno brillante", como usualmente lo llamaba, era aquel que podía inventar, alterar, reubicar la obra literaria. En sus clases se vislumbraba la aspiración secreta a ser actor de los textos.

Las taxonomías de Marino nunca fueron estáticas. Las hubo, desde luego, pero tanto en su maestría en Semiología en la Escuela de Altos Estudios de París o en su tesis doctoral, como en

Gastón Alzate

*Palabras de bienvenida al XIX Congreso Nacional de Literatura, Lingüística y Semiología.  
Octubre 21 de 1992, Auditorio Félix Restrepo, Universidad Javeriana.*

sus clases, su rigor académico proponía algo parecido a una poética del pensamiento: identificaba el significado de las obras con la misma movilidad del lenguaje. De allí que su racionalidad fuera volátil, de asociación libre, propensa a la hipérbole, conectado a una idea con otra en una especie de melodrama sensual ligeramente atrevido, transgresor y profundamente vital.

La literatura fue para él en primer y en último lugar, lenguaje. Su manera de hablar, su reconocida falta de memoria, su manía de cambiarle los nombres a los alumnos, de colocarles otros, estaba en directa relación con esa exploración de la palabra como espacio del juego. Siempre ese deseo tan "moderno", para usar una expresión de Susan Sontag, de asumir la posición contraria, la otra mirada.

Afirmó, cierta tarde, que las vastas lecturas le habían dejado, más que ideas que pudiera repetir, imágenes para ver el mundo.

El literato como observador (acaso voyeur), se alzaba en él en la encrucijada de todos los otros discursos. La literatura como el espacio de la interdisciplinaria y por ende de la libertad.

Con el mismo ímpetu con que buscaba eufóricamente la comprensión religiosa en los hechos más triviales, donde veía tesoros de significación, así también se deleitaba encontrándolos en Proust o Joyce.

Su experiencia de interpretación, hermenéutica o semiológica siempre fue, en ese sentido, religiosa o para ser más precisos, extática.

Vacuo y pleno, del cero al estado de máxima abundancia.

En esa forma de participar del éxtasis del lenguaje había un ideal de esteta. Como esteta literario sustentaba pau-

tas nuevas de placer, a menudo ilícitas. Su predilección por el espectáculo llevaba otra velada intención más allá del simple protagonismo, que desde luego también conseguía.

La postura del esteta alternaba entre el nunca estar satisfecho y el encontrar siempre la manera de estarlo.

No era fácil seguir este juego.

No sería sano hacer aquí una apología de virtudes. Este tipo de pensamiento Troncosoliterario llevaba implícito un peligro. Como esteta era fundamentalmente un seductor y el que seduce, abusando de un término de Lacan, inevitablemente cae en el odio-enamoramiento.

Alababa la enseñanza como un espacio permisivo, no coercitivo, pero como un niño se rehusaba a jugar con los que no participaban de sus reglas. El espacio de libertad que proclamaba para sus clases corría el riesgo de convertirse en espacio de poder, por el deseo de transmitir su sensibilidad en las formas en que el lenguaje genera su eterna contradicción: libertad y autoridad. Pero como en alguna ocasión afirmó Estanislao Zuleta: "El que no delira no conoce". Marino asumió con generosidad y dolor los riesgos que este modo de enfrentar el arte conllevaba.

El placer se identificaba en él en gran medida con el placer no autorizado. Cito de una de sus clases: "La literatura consiste en vencer mediante el juego a la ley, al padre, no digo dinamitarlo, sino vencerlo mediante el juego".

El ideal de displicencia que alimenta al esteta admite confesiones de participación apasionada, contradictoria. Marino era un talento para la inversión. Identificaba la literatura tanto con una relación generosa con el universo, como con una actitud desafiante. Cito: "El literato tiene como vocación el 'yo'; la vida, la literatura es una lectura de ese 'yo'". Su nunca acabada novela probablemente nos habría confirmado lo anterior.

Terminamos aquí este breve recorrido por el posible pensamiento literario de Luis Marino Troncoso, S.J., por su forma de concebir los estudios literarios en directa relación con la existencia. Lo que podríamos llamar su obra académica fue, como he tratado de demostrar, una exploración ingeniosa, un argumento, en comunión con Roland Barthes, a favor del placer, una relación festiva con la semiología y la lingüística, una invitación amplia y amorosa a este Congreso a participar, no tanto de la aprehensión, sino más bien, de la asombrosa y delirante agilidad de la obra literaria ♦

